



Los salteadores de caminos

The Bandits

■ Villiers de l'Isle Adam*

Al Señor Henri Roujon

*¿Qué es el Tercer Estado? Nada
¿Qué debe ser? Todo
Sully, después Sièyes***

■ Pribac, Nayrac, un par de prefecturas gemelas unidas por un camino vecinal abierto durante el régimen de los Orleáns, daban testimonio de una comunión perfecta de costumbres, negocios y formas de ver la vida bajo unos cielos maravillosos.

Como en cualquier lugar, la población se caracterizaba por las pasiones; allí, como en todas partes, la burguesía conciliaba la estima general con la suya propia. Así pues, todos vivían en paz y alegría en esas afortunadas localidades, hasta que una tarde de octubre sucedió que el viejo violinista de Nayrac, hallándose corto de recursos, abordó en el camino real al sacristán de Pribac y, aprovechándose de la oscuridad, le pidió algún dinero con un tono perentorio.

El sacristán, preso del pánico y sin haber reconocido al violinista, accedió

* Este relato de Villiers de l'Isle Adam (1838-1889), cuyo título original es *Les brigands*, se incluyó en el libro *Contes cruels (Cuentos crueles)*, publicado por Calman-Lévy en París (1883). Traducción de A. Pérez Gutiérrez.

** *N. de la T.*- Emmanuel Joseph Sièyes (1748-1836), clérigo sin vocación, autor de *¿Qué es el Tercer Estado?* (1789), fue uno de los alentadores de la Revolución Francesa y firme partidario de la decapitación de Luis XVI. Contribuyó, asimismo, a inspirar y redactar la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente Francesa en agosto de 1789. Para él, la soberanía residía en la nación y ésta correspondía exclusivamente a los ciudadanos sin privilegios. En la sociedad feudal y el Antiguo Régimen —o monarquía absoluta— se denominaba «Tercer Estado» a la plebe o pueblo llano, estamento carente de cualquier privilegio, frente al clero y la nobleza. Sièyes fue uno de los inspiradores del Golpe de Estado que llevó al poder a Napoleón Bonaparte el 18 de Brumario del Año VIII (9 de noviembre de 1799).

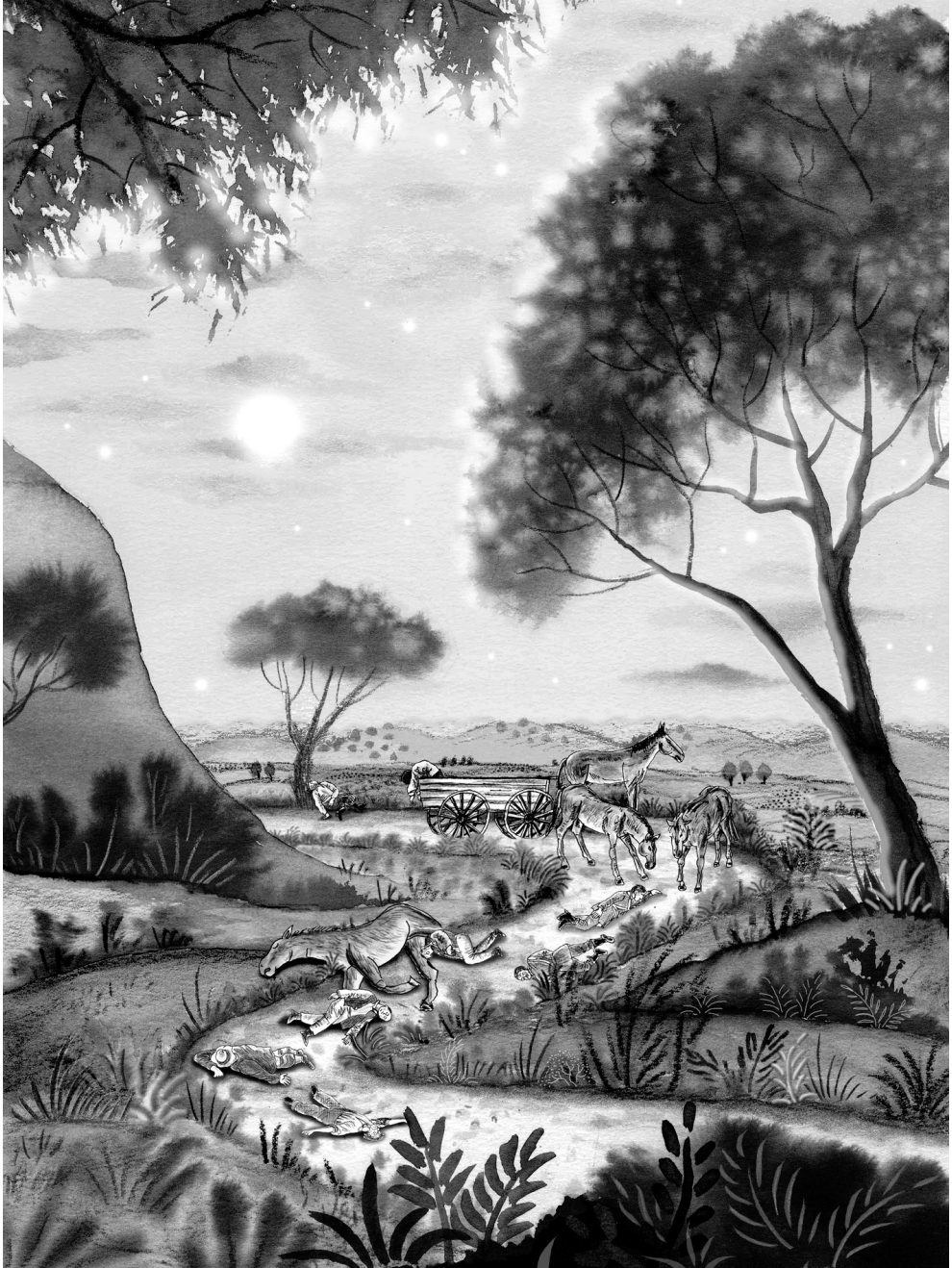


Ilustración de ©Paz Rodero.

sin poner ningún inconveniente; pero, al volver a Pribac, contó su aventura de una forma tal que, en las imaginaciones enardecidas por su relato, el pobre músico rural se convirtió en una banda de hambrientos salteadores de caminos que infestaban el Midi y asolaban el camino real con sus asesinatos, incendios y depredaciones.

Sagazmente, los burgueses de ambas ciudades habían estimulado estos rumores, en la misma medida en que un buen propietario tiende a exagerar los defectos de aquéllos que parecen ansiar sus posesiones. ¡No porque hubieran sido engañados! ¡Quiá! Ellos habían acudido a las fuentes y habían interrogado al sacristán después de que hubiera bebido. El sacristán se había contradicho y ellos conocían la realidad del asunto mejor que él mismo. No obstante, burlándose de la credulidad de las gentes, nuestros dignos ciudadanos se guardaban el secreto para ellos solos, del mismo modo que les gusta guardar todo lo que poseen; tenacidad que, por otra parte, es el toque de distinción de las personas sensatas e ilustradas.

A mediados del siguiente mes de noviembre, cuando daban las diez en el reloj situado en lo alto de la fachada del Juzgado de Paz de Nayrac, cada uno entró en su domicilio con un aire más altivo que de costumbre y con el sombrero, ¡a fe mía!, caído sobre la oreja, de manera que la esposa, echándose sobre sus patillas, le llamó «mosquetero», lo que excitó dulce y recíprocamente sus corazones.

—Debes saber, señora N***, que mañana parto al amanecer.

—¡Ay! ¡Dios mío!

—Es la época de cobranza de los alquileres: es necesario que yo mismo vaya a casa de nuestros arrendatarios.

—Tú no irás.

—¿Y, por qué no?

—Por los salteadores.

—¡Bah! Me he visto en otras peores.

—¡Tú no irás!... —concluía cada esposa, como sucede entre personas que se adivinan el pensamiento.

—Vamos, pequeña mía, vamos... Adelantándome a tus congojas y para darte seguridad, nos hemos puesto de acuerdo para ir todos juntos, con nuestras escopetas de caza, en una gran carreta que hemos alquilado al efecto. Nuestras tierras están próximas entre sí y estaremos de vuelta al anochecer. Así que seca tus lágrimas y, con la invitación de Morfeo, déjame que anude tranquilamente en mi frente los dos extremos de mi pañuelo.

—¡Ah! Si vais todos juntos, id en buena hora: tú debes hacer lo mismo que los demás —susurró cada esposa, calmada de repente.

La noche fue espléndida. Los burgueses soñaron con asaltos, matanzas, abordajes, torneos y laureles. Así pues, se despertaron frescos y dispuestos con el alegre sol.

—¡Vamos!... —murmuró cada uno de ellos mientras se ponía las medias tras un pomposo gesto de despreocupación y, de forma que la frase pudiera ser oída por su esposa—: ¡Vamos!, ha llegado el momento. ¡Sólo se muere una vez!

Arreboladas de admiración, las señoras contemplaban a estos modernos paladines y les llenaban los bolsillos de cataplasmas, ya que estaban en otoño.

Sordos a los llantos, aquéllos se apartaban de los brazos que en vano pretendían retenerlos...

—¡Un último beso!.. —dijo cada uno desde el vestíbulo.

Y, desembocando por sus calles respectivas, llegaron a la gran plaza donde ya se encontraban algunos (los solteros) esperando a sus colegas alrededor de la carreta, mientras con el ceño fruncido hacían ejercicios con sus escopetas bajo los rayos del sol.

Dieron las seis: el carromato se puso en marcha a los viriles sonos de *La Parisina*, entonada por los catorce terratenientes que lo ocupaban por completo.

Mientras tanto, en la lejanía, los pañuelos se agitaban violentamente en las ventanas y podía distinguirse el canto heroico:

*¡Adelante, marchemos
frente a sus cañones
a través del fuego, el fuego de los batallones!*

Después, con el brazo derecho al aire y con una especie de mugido: *¡Corramos a la victoria!*

Todo ello, en cierta medida, al compás de los aleteantes latigazos que el propietario que conducía daba a los tres caballos.

Fue un buen día.

Los burgueses son vividores alegres y tortuosos en los negocios. Pero, en lo que respecta a la honestidad, ¡quietos ahí!; por ejemplo, son íntegros hasta hacer detener a un niño por una manzana.

Cada uno cenó en la casa de su aparcerero, pellizcó la mejilla de la niña, a los postres se embolsó la cuenta del arrendamiento y, después de haber intercambiado con la familia algunos refranes llenos de sentido, del tipo de «Las cuentas claras hacen los buenos amigos», o «A buen gato, buena rata», o «A quien madruga Dios le ayuda», o «No hay oficio pequeño», o «El que paga sus deudas, se enriquece» y otras frases por el estilo, escurriendo el bulto tras las bendiciones oportunas, todos volvieron a su asiento en el carromato de recolección que les vino a recoger de granja en granja y, cuando oscurecía, se pusieron en camino hacia Nayrac.

Mas, ¡una sombra había caído sobre sus almas! En efecto, ciertos cuentos de los paisanos habían enseñado a nuestros propietarios que el violinista rural había creado escuela. Su ejemplo había sido contagioso. Parecía ser que el viejo bandido se había hecho con el refuerzo de una horda de ladrones auténticos y, sobre todo en la época del cobro de las rentas, el camino ya no era seguro del todo. De manera que, a pesar de los muy pronto disipados aromas del clarete, nuestros héroes ponían ahora una cierta sordina a *La Parisina*.

Caía la noche. Los álamos estiraban sus negras siluetas sobre el camino y el viento

hacía temblar los matorrales. En medio de los mil ruidos de la naturaleza y alternando con el trote regular de los tres caballos de Mecklenburgo, se oyó a lo lejos el mal augurio del aullido de un perro extraviado. Los murciélagos revoloteaban alrededor de nuestros pálidos viajeros, iluminados tristemente por el primer rayo de luna... ¡Brrr!... Ahora las escopetas se apretaban entre las rodillas con un temor convulso; de vez en cuando, sin hacer ruido, se aseguraban de que el dinero se encontraba donde debía, junto a ellos. No se oía ni una palabra. ¡Cuánta angustia para personas honestas!

De repente, ¡horror!, en la bifurcación del camino, aparecieron unas figuras espantosas y crispadas. Relucieron las escopetas, se oyó un ruido de pisadas de caballos y, en el mismo instante en que la luna se deslizaba entre dos negras nubes, brotó de las tinieblas un terrible: ¡Quién vive!

Un gran carruaje atestado de hombres armados cerraba el paso.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¡Malhechores, evidentemente! ¡Bandidos, sin duda!

Pero, ¡ay!, no lo eran. Se trataba de la tropa gemela de buenos burgueses de Pribac, que habían tenido exactamente la misma idea que los de Nayrac.

Sencillamente, habiendo terminado sus asuntos, los apacibles rentistas de las dos ciudades se cruzaban en el camino que les llevaba a sus casas.

Pálidos, se entrevieron. El gran terror que se habían causado mutuamente, fruto de la idea fija que había embotado sus cerebros, había hecho aparecer en todos los rostros bonachones sus verdaderos instintos —al igual que un golpe de viento al pasar sobre las aguas de un lago y formando un torbellino hace subir el fondo a la superficie— y llevó a que unos y otros se tomaran recíprocamente por los bandidos que todos temían.

En un instante, sus murmullos en la oscuridad los enloquecieron hasta el punto de que, en la precipitación temblorosa de los de Pribac por tomar sus armas por precaución, la correa de una de las escopetas se enganchó en el banco y se disparó un tiro que fue a alcanzar en el pecho a uno de los de Nayrac, rompiéndole una cazuela de excelente foiegras que le servía habitualmente como peto.

¡Ay, ese tiro! Fue la chispa fatal que provocó la violenta reacción. El paroxismo de sentimientos que sufrían les llevó al delirio. Comenzó una nutrida y furiosa descarga de disparos. Les cegaba el instinto de conservación de sus vidas y su dinero. Cargaban los cartuchos en sus escopetas con manos rápidas y temblorosas y disparaban al bulto. Cayeron los caballos; uno de los carromatos volcó, vomitando al azar heridos y carteras llenas de dinero. Los heridos, en la confusión de su pavor, se levantaron y volvieron a disparar unos contra otros sin reconocerse en ningún momento en medio de la humareda... En esta demencia furiosa, si unos gendarmes hubieran caído de las estrellas, nadie dudaría de que hubieran pagado su abnegación con su vida. En suma, fue un exterminio, porque la desesperación les había dado la más mortífera de las energías: en una palabra, ¡aquella que distingue a las personas honorables cuando se las pone entre la espada y la pared!

Mientras tanto, los auténticos salteadores (es decir, la media docena de pobres

diablos culpables a lo sumo de haber robado algunos pedazos de pan, algunos trozos de tocino o en algunas tierras por aquí o por allá) temblaban horriblemente en el interior de un alejado chamizo, oyendo, llevado por el viento del gran camino, el terrible y creciente ruido de los disparos y los espantosos gritos de los burgueses.

En efecto, imaginándose en su pavor que se había organizado una gran batida contra ellos, habían interrumpido su inocente partida de cartas alrededor de su cuba de vino y, lívidos, se habían levantado mirando a su jefe, el viejo violinista. Éste parecía estar a punto de desmayarse. Sus largas piernas temblaban. Totalmente sorprendido, el valiente hombre estaba desarbolado. Lo que oía era superior a su inteligencia.

No obstante, tras algunos minutos de ofuscación, y como las descargas continuaban, los buenos bandidos vieron que súbitamente daba un respingo y, meditabundo, se ponía un dedo en la punta de la nariz.

Levantando la cabeza, dijo: «¡Mis muchachos, no es posible! No se trata de nosotros... Es un *quidproquo*... Corramos con nuestras linternas a socorrer a los pobres heridos... El ruido viene del camino grande».

Así, pues, apartando los matorrales, con mil precauciones llegaron al lugar del siniestro, pues ahora la luna iluminaba el horror.

El último burgués superviviente, en su precipitación por cargar la escopeta, acababa de saltarse, sin querer y por torpeza, la tapa de los sesos.

Ante un espectáculo tan extraordinario, a la vista de todos aquellos muertos sembrados a lo largo del ensangrentado camino, los salteadores, consternados, permanecieron en silencio, bloqueados por el estupor, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Entonces, una oscura comprensión de lo ocurrido empezó a adentrarse en sus mentes.

De pronto, el jefe dio un silbido y a una señal suya, las linternas se acercaron en círculo a su alrededor.

—¡Oh, mis buenos amigos!, —rezongó el violinista con un tono de voz horriblemente bajo (y sus dientes rechinaban de un miedo aún más terrible que antes).

—¡Oh, amigos míos!... ¡Recojamos deprisa el dinero de estos dignos burgueses y alcancemos la frontera! ¡Huyamos sin detenernos ni un instante! ¡Y no volvamos nunca a poner los pies en este país!

Y, como sus secuaces le respetaban, atónitos y con los pensamientos desordenados, señaló con un dedo a los cadáveres a la vez que añadía estas palabras absurdas pero profundas, fruto de una honda experiencia, del conocimiento eterno de la vitalidad y el Honor del Tercer Estado:

—Ellos demostrarán... que fuimos nosotros...